



Felipe Santos, SDB

**“Levántate, vete; tu fe te ha salvado” (Lc 17,19)**

Jesús cura a diez leprosos que se acercan pidiéndole misericordia. No sólo les devuelve la salud física sino una restauración en la vida social de su pueblo.

Sólo un extranjero tuvo fe para reconocer la bondad de Dios que actuaba en Jesús. Regresa a su presencia para darle gracias.

*En el camino de mi vida me ofreces tu gracia salvadora. Abre mi fe a la confianza. Dame un corazón agradecido.*

Los leprosos, en la época de Jesús, vivían en cavernas a las orillas de los caminos y comían lo que los peregrinos les arrojaban; lo que les sobraba. Eran considerados impuros y no aptos para vivir en sociedad. No podían acercarse a nadie, bajo riesgo de morir si incumplían las prescripciones. En la práctica, no eran considerados seres humanos. Jesús permite que un grupo de leprosos se le acerque. Rompe con este gesto la mentalidad segregacionista que divide el mundo en puros e impuros, sacros y profanos. Y afronta solo la escena. El leproso que retorna entiende que Jesús lo ha reintegrado a la comunidad humana, no importándole que como leproso y extranjero fuera un doble marginado. Frente a su benefactor se postra y reconoce al hombre de Galilea que ha sido su redentor. Jesús encara en seguida a la aldea por su actitud: sólo el leproso extranjero ha demostrado tener una fe verdadera. Sólo el que ha regresado reconoce que en medio del pueblo ha puesto Dios una instancia superior. La fe del hombre enfermo y

marginado es la que le permite ser completamente redimido. Los otros nueve han corrido detrás de sus opresores; sólo el extranjero se ha puesto a los pies de su Liberador. Lección de reconocimiento y gratitud que cuestiona profundamente nuestra fe y gratitud a quien nos redimió de nuestras lacras y nos otorgó la verdadera Vida.